

LA FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

La Fiesta del Bautismo del Señor concluye el tiempo de Navidad e inaugura una nueva etapa en la vida de Jesús: el inicio de su ministerio público. Para quienes tenemos seres queridos afectados por la adicción, este momento sirve como un hito espiritual en nuestro propio camino. Así como Cristo entra en las aguas, nosotros también somos llamados a entregarnos, a confiar y a permitir que Dios nos guíe hacia adelante, un día a la vez.

En el Evangelio de este domingo, Jesús se acerca a Juan el Bautista con una petición que lo desconcierta. Juan protesta, diciendo: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?” Pero Jesús insiste: “Déjalo ahora, porque conviene que así cumplamos toda justicia”. Juan acepta, y lo que sucede a continuación es transformador, no solo para Jesús, sino para todos los que presencian este acto de humildad divina.

Cuando Jesús sale de las aguas del Jordán, los cielos se abren. El Espíritu Santo desciende como paloma y una voz del cielo dice: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mateo 3,17). Esta es la afirmación del Padre, su declaración de identidad y amor.

Para los familiares y amigos de quienes luchan con la adicción, el bautismo de Jesús es un poderoso recordatorio de que nuestra verdadera identidad, y la de nuestros seres queridos, se encuentra en ser hijos amados de Dios. El dolor, el miedo o el resentimiento que podamos cargar no nos definen. Tampoco el comportamiento de nuestros

seres queridos los define. La misericordia de Dios puede penetrar todo lugar quebrantado.

Nuestro camino de recuperación espiritual a menudo comienza con un acto similar de humildad. Reconocemos que no tenemos el control y que nuestros esfuerzos por arreglar, manejar o manipular las situaciones han causado dolor. Cuando damos un paso atrás y permitimos que Dios actúe, comenzamos a ser testigos de una transformación real.

Como Jesús que emerge del Jordán, llegamos a una nueva comprensión de nosotros mismos y de nuestro lugar en el plan de Dios. No estamos llamados a cargar este peso solos. Somos invitados a soltar, a recibir sanación y a apoyarnos unos a otros con amor y honestidad. Los principios de la recuperación nos ayudan a practicar límites, oración y un sano desapego, todo arraigado en la verdad de que Dios es Dios y nosotros no lo somos.

Cuando abrazamos nuestra impotencia y entregamos nuestra voluntad a Dios, surge una vida nueva. Comenzamos a ver a nuestros seres queridos con compasión en lugar de control. Confiamos en que Dios está obrando en ellos y en nosotros. Las aguas bautismales que antes simbolizaban purificación se convierten ahora en una fuente de paz y crecimiento espiritual.

Esta semana, recordemos que cada paso hacia la recuperación, cada decisión de pausar, orar y soltar, refleja la disposición de Cristo a confiar en el Padre. Puede que no

tengamos todas las respuestas, pero no estamos solos. Dios sigue hablando: “Tú eres mi hijo amado”. Que esta verdad dé forma a la manera en que vivimos y amamos hoy.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿Cómo has experimentado un punto de inflexión o un nuevo comienzo espiritual en tu camino de recuperación?

■ ¿De qué maneras puedes practicar esta semana la confianza en Dios respecto a la sanación de tu ser querido?

■ ¿Qué te ayuda a recordar que tú y tu ser querido son hijos amados de Dios?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 42,1-4. 6-7

SALMO RESPONSORIAL Salmo 29,1-2. 3-4. 9-10

SEGUNDA LECTURA Hechos 10,34-38

EVANGELIO Mateo 3,13-17